



CUBANET

10

mayo
2022

Selección quincenal de artículos
y noticias publicados en nuestro sitio digital
www.cubanet.org

ÍNDICE



04

*Explosión
en el Saratoga:
de la tragedia
a la paranoia*



05

*Cuba: Trabajan los de
allá para que vivan los
de aquí*



06

*El régimen de La Habana
y la Rusia de Putin*



07

*Fress, un experimento
fallido*

ÍNDICE



08

*1971: el año en que todo
cambió para peor*



09

*Las disputas
territoriales y la lección
de la isla Hans*



10

*Entre consignas
y remesas: los viejitos
de la Revolución*



11

La feriecilla domada

Explosión en el Saratoga: de la tragedia a la paranoia

Accidente o no, lo ocurrido ayer suma una carga de dolor indescrptible para un pueblo que no ha hecho otra cosa que sufrir en los últimos tres años



LA HABANA, Cuba. – Sobre el mediodía de ayer, en las calles aledañas al hotel Saratoga todo era caos. Los bomberos y las brigadas de rescate trabajaban contrarreloj en el lugar del siniestro, mientras la policía trazaba un amplio perímetro de seguridad para que las ambulancias y otros vehículos circularan libremente, y también para reducir al mínimo los daños de una posible segunda explosión. Centenares de curiosos se aglomeraban en los soportales de la calle Monte, sin cuidarse del peligro potencial, sacudidos por las imágenes de una tragedia que los remitía a las historias de los atentados perpetrados en los años noventa en hoteles de La Habana.

Ya la prensa oficialista había declarado en reiteradas ocasiones que lo ocurrido fue producto de un lamentable accidente; pero la gente evocaba al fantasma del enemigo, la posibilidad de la bomba, del terrorismo, de la guerra. Aparte de los detalles escabrosos del siniestro, abundaban las especulaciones en torno a esa enorme bala de gas que milagrosamente no explotó, y que a esta hora tiene a media Cuba dudando de la versión oficial sobre los hechos.

“Nunca vamos a saber lo que de verdad pasó, pero esa historia está muy mal contada”, alegaba un hombre en las inmediaciones de Monte y Cárdenas, donde un grupo de vecinos comentaba el terrible suceso alrededor del pequeño ómnibus Transtur (4233) que había quedado aplastado por los escombros. Algunos procuraban dar explicaciones más o menos científicas de por qué la bala de gas

no había estallado, pero ante la magnitud del desastre emergía la misma incógnita: ¿y la candela de dónde salió?

Acostumbrados a vivir entre negligencias y azares, los cubanos reparan poco o nada en el peligro que los acecha a diario. En los municipios céntricos de la capital hay intersecciones –como la de Zanja y Belascoaín– donde se percibe un fuerte olor a gas. Si no ha ocurrido una desgracia de proporciones bíblicas es porque la amenaza está a la intemperie; pero lo mismo sucede en edificios multifamiliares, donde los salideros de gas y agua potable son males cotidianos.

En los municipios que se abastecen con gas licuado es habitual ver a las personas trasvasando el contenido de una balita a otra sin tomar ningún tipo de precaución, a pesar de las reiteradas advertencias sobre lo peligroso de esa operación. Los cubanos viven sin conciencia de esta clase de riesgos, porque “nunca pasa nada”. Hasta un día.

La negligencia ya es parte del ADN nacional; tal vez por eso a la gente le parece demasiado banal la explicación del accidente y se ha dedicado a elucubrar sobre terrorismos y “acciones desestabilizadoras”. Otra cosa no podría esperarse de un pueblo al que durante seis décadas se le ha exigido vivir en combatividad permanente y para el cual todo es una batalla, desde cumplir un plan productivo hasta comprar el pollo que le toca.

No hay nada extraño en la paranoia colectiva que se abre paso en las calles y en las redes sociales. Lo que sí resultaba muy sospechoso ayer, en medio de tanta gente desconsolada y atormentada, era la presencia de ciertos individuos que se empeñaban en relacionar lo ocurrido en el Saratoga con el cambio que tantos cubanos anhelan.

En el soportal de la calle Bernaza esquina a Muralla, donde estaban reunidos algunos de los damnificados que residían en el edificio de la calle Prado, contiguo al hotel, una mujer repetía sin descanso que si el cambio venía con explosiones como esa, ella prefería seguir pasando hambre. Es obvio que estaba muy afectada por el accidente, o era un agente de opinión que se enredaba en su propia arenga sin sentido.

Al igual que ella, en otros puntos de

la zona varios sujetos insinuaban que la explosión debía servir como un aviso de lo que podría suceder si el pueblo seguía insistiendo en cambiar esto. Las especulaciones politizadas tributaban en todo momento a la permanencia del régimen, y al mismo tiempo acrecentaban la paranoia de que el accidente no fuera tal.

Demasiado pronto, consideran algunos, el youtuber castrista conocido como Guerrero Cubano sembró la hipótesis de que el siniestro había sido provocado presuntamente por el traspaso de gas licuado. Quince minutos después de la explosión, dicha narrativa se esparcía por las redes sociales, lo cual condujo a la sospecha de que el régimen intentaba tapar algo.

Algunas teorías conspirativas apuntan a que las autoridades se apresuraron en descartar la posibilidad del atentado porque una noticia de esa envergadura sería nefasta para el sector del turismo, que no acaba de despegar. Justo cuando se intenta relanzar Cuba como destino para los visitantes foráneos, en un escenario altamente competitivo, hablar de sabotaje sería un suicidio. Otros opinan que, de haber sido un atentado, el régimen se habría apresurado a practicar con fruición su deporte preferido: culpar al gobierno de Estados Unidos, o a la “mafia” de Miami.

Todo se resume a qué sería más provechoso en este momento para la cúpula: reconocer el presunto sabotaje y victimizarse como siempre lo ha hecho, o mantener la versión del accidente –probablemente la verdadera– para que no cunda el pánico. A fin de cuentas, cuando se trata de vidas cubanas, la responsabilidad es muy fácil de eludir.

Accidente o no, lo ocurrido suma una carga de dolor indescrptible para un pueblo que no ha hecho otra cosa que sufrir en los últimos tres años. Habrá quienes se apresuren a corregirme y aclarar que el sufrimiento comenzó en enero de 1959, lo cual es cierto. Pero no se puede negar que desde que fuera anunciada “la coyuntura”, en septiembre de 2019, los cubanos han conocido una clase de miseria profunda y singular, distinta a la experimentada en crisis anteriores.

ANA LEÓN

Cuba: Trabajan los de allá para que vivan los de aquí

Solo un pueblo doblegado sin remedio puede gritar que Cuba vive y trabaja mientras miles de jóvenes, niños de todas las edades y hasta viejos abandonan la Isla

LA HABANA, Cuba.- Este domingo en la mañana tuve que soportar una lluvia de mensajes de amigos emigrados, que en tono burlón me decían que el desfile del 1ro de mayo había sido un éxito. Con desprecio criticaron a la “recua de carneros” que acudió, bajo supuesta presión, al llamado de un gobierno infame que a estas horas se vanagloria de la respuesta ciudadana a la convocatoria, de la derrota simbólica del enemigo al ver ese mar de pueblo desfilando por la Plaza Cívica que ya desmerece su nombre, bajo el lema más ridículo y falso que pudieron inventarse: “Cuba vive y trabaja”.

Mi primer impulso fue recordarles a los amigos emigrados que la mayoría de esas personas fueron al desfile por obligación; pero después de la pandemia y el 11 de julio me parece indecente justificar tanta hipocresía con el temor a perder un módulo de aseo y alimentos, o a recibir una medida disciplinaria que pueda afectar la jubilación.

Incontables miedos hicieron posible el desfile de ayer; pero no por ello fue menos repugnante ver a miles de cubanos marchando en defensa de los bajos salarios, la inflación, la improductividad, la falta de derechos, la debacle sanitaria causada por el mal manejo de la crisis epidemiológica, la suciedad y destrucción que nos rodean, el obscuro enriquecimiento de la casta política mientras la pobreza extrema se multiplica en todo el país, la represión, los presos del 11 de julio, la migración masiva, la ancianidad desamparada, la infancia adoctrinada y mal alimentada, la amoralidad inoculada hasta el tuétano; en fin, los logros de la Revolución.

El pueblo de Cuba, tan falto de vergüenza y carácter, cedió una vez más al chantaje que, por supuesto, es real, como lo demuestra un mensaje circulado entre los trabajadores del policlínico “Antonio

Guiteras” de la Habana Vieja, y en el audio del ensayo del 1ro de mayo en una empresa cienfueguera. Más que trabajadores, la Isla está repleta de autómatas que aceptan ser tratados como niños en un matutino. Si ayer repetían el lema, hoy inventan consignas. Se exprimen el cerebro aturcido por tantas privaciones para componer una frase anodina que luego corean sin fuerza, porque están todos cansados de lo mismo, pero no lo bastante como para dejar de ser un instrumento de la dictadura.

Cualquiera diría que los cubanos no han pasado suficiente hambre, ni han sido lo suficientemente humillados. El desfile de este domingo no produjo otra cosa que asco, decepción y rabia, porque entre esas decenas de miles que acudieron a la plaza abundan beneficiarios de remesas y recargas enviadas por los emigrados, esos rehenes a distancia que trabajan como mulos para gastarse en la manutención de sus familiares el dinero que podrían invertir en hacer realidad sus propios sueños. Bien mirado, el lema de este 1ro de mayo resulta a la vez cínico y preciso: trabajan los de allá para que vivan los de aquí.

El régimen sigue aplicando la vieja fórmula y el pueblo cae en la trampa cual becerro estúpido. Todos al desfile y de ahí a la feria popular, a caerle encima al pan con minuta y la cerveza a granel; a la ropa reciclada fea y de mala calidad, regada por el suelo, a fin de cuentas los pobres no se fijan en esas cosas; al desincrustante y al detergente líquido; al camión del ajo, la cebolla y el puré de tomate en pepino plástico recalentado al sol; o a un módulo de casi 800 pesos que consistía en un embutido, un galón de detergente y un pomo de refresco.

Cuba es hambre y propaganda. La primera para mantener a la gente atolondrada, la segunda para que la deshones-

ta izquierda mundial siga creyendo que esta Isla tiranizada es un baluarte indestructible del socialismo. Jamás sabremos los cubanos cuánto nos ha costado el alojamiento y agasajo a la Brigada Internacional Primero de Mayo, integrada por viejos comunistas y jóvenes chaqueteros que visitaron el cubil de chivatos conocido como Asociación “Quisicuba”, pero permanecieron imperturbables ante la abrumadora indigencia del barrio “Los Sitios”, donde está enclavado.

Durante el desfile, esos mismos extranjeros vieron a muchos cubanos bailando detrás de una conga politiguera. Si en algún momento la devastación de La Habana les causó dudas sobre la utilidad del socialismo, tanta gozadera terminó por asegurarles que definitivamente estamos “pintando juntos el paisaje de la unidad y la continuidad”, otra talla de primaria que lleva la firma de Díaz-Canel.

Cuba es un país maldito, de memoria corta y conciencia aguada. Solo un pueblo sin dignidad puede prestarse a un desfile de apoyo al régimen que prefirió construir hoteles e importar autos de renta en lugar de acondicionar debidamente los hospitales en medio de una pandemia que costó muchísimas vidas por falta de ambulancias, fármacos, insumos y oxígeno medicinal.

Solo un pueblo doblegado sin remedio puede gritar que Cuba vive y trabaja mientras miles de jóvenes, niños de todas las edades y hasta viejos abandonan la Isla, arriesgando sus vidas para alcanzar la frontera sur de Estados Unidos. Arrojar detrás de una conga con semejante tragedia de fondo es inicuo y hace que el corazón duela de pena, de ira. Da vergüenza admitirlo, pero el pueblo cubano tiene lo que se merece, y merece lo que se avecina.

JAVIER PRADA



El régimen de La Habana y la Rusia de Putin

A Rusia no le interesa Cuba. Ni siquiera en estos momentos tan duros en que el propio Biden ha recurrido a Nicolás Maduro Putin no muestra interés real por La Habana.

MIAMI, Estados Unidos. - Probablemente, tras su guerra económica y militar contra la OTAN y Ucrania, a Vladimir Putin no le quede más remedio que acercarse a Cuba de algún modo. Yo lo dudo, pero todo depende de cómo salga Rusia de esta guerra, y no parece que pueda salir nada bien.

Lo cierto es que desde el colapso de la antigua URSS Cuba perdió ese lugar privilegiado que tenía entre los rusos. A Rusia no le interesaba ya cargar con Cuba. Y fue precisamente Putin y no Gorbachov quien le puso fin al sistema comunista.

Aclaro que la llamada Perestroika (reconstrucción) fue un intento tardío de salvar el socialismo en los términos de la NEP leninista. Gorbachov era un homo sovieticus; nunca quiso implantar el capitalismo en Rusia. Ese paso se dio con Yeltsin, pero no por Yeltsin. Detrás de él estaba Vladimir Putin.

El régimen de La Habana hace ver al mundo que es un aliado de Rusia, pero sabe que no es así y le guarda recelo a Moscú. Si bien Putin le ha dado alguna que otra migaja, hay que tener presente que tras la caída de la antigua URSS Rusia le pagó la deuda completa a todas las exrepúblicas soviéticas. No es de extrañar que Cuba recibiera su tajada a modo de despedida.

Desde aquella visita de Gorbachov a La Habana, de la cual hay un video en el que el líder soviético reprende a Fidel Castro y a todos sus subordinados del alto mando cubano, dejándole ver que se había terminado el “pan de piquito”, que era tiempo

de ponerse a trabajar y lo más tremendo haciéndole el desaire al Comandante en Jefe Castro I de rechazar la Orden Nacional Jose Martí, argumentando que precisamente esa manía de las condecoraciones era un mal del socialismo que se pretendía reformar con la Perestroika, desde aquel momento, repito, Cuba perdió la tutela de la URSS y, consiguientemente, de Rusia.

Amen que Putin no es comunista, al día de hoy Rusia no tiene ningún interés económico con Cuba y aunque geopolítico pudiera haberlo, todo depende de los resultados de la guerra en Ucrania, del comportamiento de las elecciones en los Estados Unidos y de los destinos del rublo y las alianzas con China e India.

Por otra parte, los rusos actuales no conocen a Cuba ni les importa el pasado soviético de la Isla. La realidad es que Cuba languidece bajo el régimen castrocomunista mientras que Rusia mira para otro lado.

A Rusia no le interesa Cuba. Y si en estos momentos tan duros en que el propio Biden ha recurrido a Nicolás Maduro Putin no muestra interés real por La Habana, esto apunta a una inevitable pérdida de la esperanza de los dictadores cubanos. Solo espero que Putin sea lo suficientemente sagaz como para no reaccionar ante el actual rechazo que enfrenta por parte de Occidente rehabilitando el orden soviético que alimentó al engendro castrista por tantos largos años.

ALEXIS JARDINES CHACÓN

Fress, un experimento fallido

A Fress había que detenerlo urgentemente no por “abusador”, sino porque todo indica que fue un “experimento” donde el régimen jugó arriesgadamente con la liberación del mercado y de los precios, y no funcionó.

LA HABANA, Cuba. - Fress, el único negocio privado autorizado a abrir un local en la estatal Plaza Carlos III, fue obligado a limitar sus ventas a exclusivamente comida elaborada. No pasó una semana de la apertura cuando, de acuerdo con varias fuentes consultadas al respecto, una orden de la administración del centro comercial, que a su vez respondía a una decisión del Gobierno basada en “reclamos de la población”, les hicieron colgar en la puerta del establecimiento un cartel de “cerrado por problemas técnicos”, una manera disimulada de “no decir” lo que en realidad estaba ocurriendo.

La verdad es que a Fress acaba de sucederle lo que pasa en Cuba con todo emprendimiento que, aún recibiendo el visto bueno del régimen –algo indispensable para no ser molestados– haga demasiado evidente que nuestra actual realidad económica es, sin lugar a dudas, un grandísimo “sálvese el que pueda”.

Y fíjense que digo “demasiado” porque en realidad, sin importar lo próspero o fracasado que sea, todo negocio privado que existe en Cuba es una evidencia de lo mal que estamos en muchísimos sentidos, precisamente porque son una caja de resonancias de nuestra debacle.

Para convencernos, bastaría tomar cualquier ejemplo al azar. Pudiera ser desde un negocio de arrendamiento de habitaciones donde discriminan al cliente nacional por el simple hecho de ser cubano

(lo cual traduce la esencia discriminatoria de una política de Estado concentrada en favorecer al extranjero) hasta cualquiera de las paladares, bares o cafeterías “de lujo” que existen en la Isla, donde tanto la pobreza de los menús así como el deficiente servicio son un fiel reflejo no solo del terrible desabastecimiento que nos azota sino de la caída estrepitosa de los estándares de lo que en la Isla es considerado de “buen gusto” o “de lujo”, nada que ver con lo que ambos conceptos significan para el resto del mundo.

Pero si hay algo que también caracteriza a muchos de estos “emprendimientos privados” (un concepto que en la realidad cubana hay que asumir apenas desde la ironía, en tanto nadie goza de las libertades, garantías y derechos necesarios ni para “emprender” ni para suponerse totalmente “privado”) es la esencia abusadora que también exhiben como reflejo del contexto abusivo donde existen.

Una esencia que más que abusadora es más bien carroñera, y que se vuelve más evidente entre esas “iniciativas” que aparentan ser más exitosas, en tanto lucran no solo con el estado de miseria en que transcurren nuestras vidas sino, además, surgen y se fortalecen en ese “caldo de cultivo” para abusadores que son las numerosas trabas, restricciones y prohibiciones que impone el propio régimen a las libertades de los ciudadanos cubanos como eficaz método de control.

En ese “margen de excepción”, de “singularidad”, es donde surgen “emprendimientos” típicos exclusivamente del opresivo ambiente político-económico nacional, negocios que en otro contexto fuera del cubano no tendrían ningún sentido o que, por el modo abusivo como operan, estarían condenados a desaparecer ya porque no satisfacen ninguna necesidad del mercado, ya porque perecen frente a la saludable competencia, algo que en Cuba no existe, porque cada empresa que es autorizada a operar en la Isla (o para Cuba) lo hace apoderándose, con la autorización expresa o solapada del régimen, de un espacio de permisibilidad que le es negado o usurpado a otros.

Es en este “caldo de cultivo” de nuestras “adversidades” y “singularidades”, de nuestra ausencia de “normalidad económica” que operan y hasta prosperan,

por ejemplo, numerosas agencias de viajes, de remesas y de paquetería radicadas fundamentalmente en Miami (también las hay en Europa) con La Habana como único destino, pero además están la decena de servicios de mercadería on-line con entrega a domicilio cuyas ganancias provienen de la especulación con los precios –con márgenes de ganancia de hasta más de un 200 y hasta 300 por ciento–, a pesar de que los principales proveedores se encuentran en la Isla y son empresas estatales, que en muchos casos son esas mismas entidades encargadas de abastecer la red de comercio pero que hoy encuentra mayor ventaja en priorizar a estos “mercadillos on-line” que pudiéramos llamar “revendedores autorizados por el Gobierno” o mejor dicho: “revendedores no criminalizados”.

De este tipo de negocio especulativo (que lucra con la desesperación de una clientela dispuesta a pagar lo que sea ya por dar de comer o proveer de medicamentos a un niño, a un enfermo o a un anciano en un país donde no hay absolutamente nada, o ya por tal de no darse en las narices con la miseria que le rodea) proviene el chiringuito recién clausurado de Fress en Carlos III.

Quizás sus dueños (de nacionalidad española) viendo lo bien que les iba comprando y revendiendo en internet (exclusivamente a los cubanos que pueden hacerlo desde el exterior) se les ocurrió saltar del plano “virtual” al plano “real”, olvidando el componente de hipocresía que rige en esas normativas “no escritas” donde la estafa que es cometida y permitida en internet se torna más peligrosa practicarla en “vivo y en directo”, tras una vidriera en pleno Centro Habana, y todo por la “voluntad política” de un Gobierno dispuesto a mostrarse ridícula y letalmente contradictorio por tal de guardar unas apariencias ya cada día más difíciles de guardar.

El error de Fress –un negocio tan abusivo en cuestiones de precios como lo es el propio régimen con su sistema de tiendas en MLC– es haber imaginado que podía hacer tras el mostrador de una tienda lo mismo que ha venido haciendo por internet sin que el régimen se escandalizara. Y es válido aclarar que el escándalo no sería jamás por el hecho de los altos

precios que tanto incomodaron a algunos clientes (entre ellos a varios “conservadores” del Partido Comunista) sino porque es la típica reacción de mostrar distanciamiento del asunto, reprobación, cuando las reacciones de descontento popular crecen incontroladamente y estas amenazan con ir más allá de las protestas en redes sociales.

Aunque con precios mucho más abusivos que los de cualquier revendedor callejero, especular en internet como empresa extranjera autorizada por el régimen salva a estos “emprendedores” de ser criminalizados, de modo que jamás son tenidos como “abusadores” ni criminales en los medios de propaganda del Partido Comunista, donde sí hay una campaña de criminalización contra especuladores y “coleros” de “a pie”, en una evidente estrategia para alejar la atención de los verdaderos culpables de esta vorágine de abusos que algunos se atreven a llamar “economía cubana”.

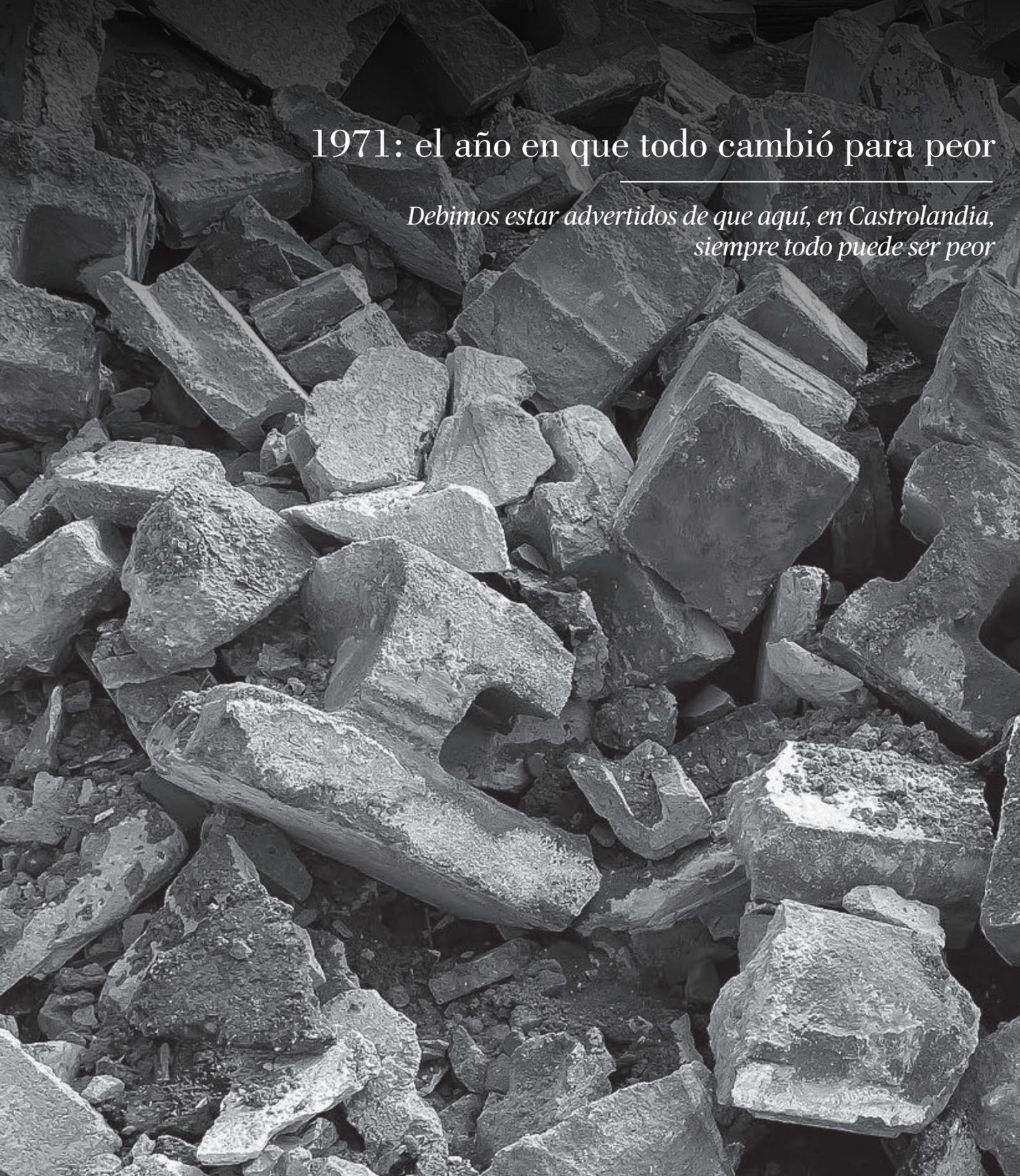
El negocio de Fress en la popular Plaza de Carlos III volvía demasiado evidente la relación de complicidad que existe entre lo que pudiéramos llamar “especuladores autorizados” y las entidades estatales que los autorizan a operar aun en contra de las políticas públicas del propio Partido Comunista, asumiendo el internet como una especie de “zona franca” donde se vale todo, aunque un “todo” relativo, que probablemente pase por obtener el visto bueno de los principales “decisores” del régimen en tales cuestiones.

De modo que a Fress había que detenerlo urgentemente no por “abusador”, no por las quejas que llovieron sobre sus precios desmesurados, sino porque todo indica que fue un “experimento” donde jugaron arriesgadamente con la liberación del mercado y de los precios y que no funcionó por supuesto que no les iba a funcionar, al menos no en este momento en que la crisis nos está comiendo el bolsillo a todos. No ahora que el descontento por la inflación que trajo la “Tarea Ordenamiento” cada día se torna más peligroso, y no era prudente ponerse a medir reacciones, al menos no de ese modo tan “fress”, tan directo (por no decir “desvergonzado”).

ERNESTO PÉREZ CHANG

1971: el año en que todo cambió para peor

Debimos estar advertidos de que aquí, en Castrolandia, siempre todo puede ser peor



LA HABANA, Cuba. – En varias noches de domingo, el canal Clave ha puesto la serie documental de Netflix “1971, el año en que la música lo cambió todo”. Viendo los varios capítulos en que está dividido el documental, uno se da cuenta de que, efectivamente, 1971 fue un año trascendental, y no solo por la música que se hizo –que fue excepcionalmente buena, sentó pautas y estableció nuevos rumbos–, sino por el modo en que, al hacerse eco de los problemas de su tiempo y enfrentarlos, influyó en la sociedad, generando –aunque le pesara a muchos– otros modos de vida y de asumir la existencia, inusuales hasta entonces.

En 1971, los hippies venían de regreso de sus ensoñaciones psicodélicas y las religiones orientales, cobraban auge las protestas contra la guerra de Vietnam, el feminismo, el movimiento gay y el FBI combatía a los Panteras Negras y otros grupos radicales. A la par de todo ello, ocurrieron muchas cosas importantes en la música, que sentarían pautas y establecerían nuevos rumbos.

Paul McCartney grababa el bucólico Ram y John Lennon plasmaba su utopía pacifista en la que sería la más famosa de sus canciones, Imagine. Mientras, George Harrison, influido por Ravi Shankar, organizaba un concierto por Bangladesh en el Madison Square Garden –que sería el primer concierto benéfico de la historia– y convencía para que participaran en él a Bob Dylan, Eric Clapton y Ringo Starr, entre otros.

1971 fue el año en que, en medio de un deslumbrante aluvión de rock sinfónico, glam rock, folk-rock, soul psicodélico, fusiones de jazz y rock y cantautores a lo James Taylor, Paul Simon y Cat Stevens, se grabaron discos que serían tan influyentes como los primeros de Elton John (Madman across the water y Tumbleweed Connection), Who’s next de The Who, Jesucristo Superstar, la ópera rock de Andrew Lloyd Webber y Tim Rice; What’s going on, donde Marvin Gaye se bajó de la nube Motown e hizo contacto con los problemas sociales; Sticky Fingers, considerado por muchos, entre los que me in-

cluyó, el mejor álbum de los Rolling Stones; y Tapestry, de Carole King, que fue durante mucho tiempo uno de los discos más vendidos de la historia, y abrió el camino a cantautoras como Joni Mitchell y Carly Simon, con nuevas visiones sobre el amor, la familia y las relaciones interpersonales.

A mí, que tenía 15 años en 1971 y estudiaba en la secundaria básica, me marcó muy fuerte aquella música, que escuchaba en la WQAM y otras estaciones de radio del sur de la Florida, porque en Cuba estaba proscrita por ser considerada “la música del enemigo, deformante e ideológicamente nociva”.

Y a partir del Primer Congreso de Educación y Cultura, efectuado en marzo de 1971, fue mayor la proscripción del rock, el soul y todo lo que oliera a yanqui. En su lucha contra el diversionismo ideológico, que alcanzó niveles de paroxismo, los comisarios quisieron forzarnos a que escucháramos solo canciones de la Nueva Trova y, por aquello de “la solidaridad latinoamericana”, música andina de queñas y charango. Y si acaso, para tirar unos pasillos en las fiestas cederistas con caldosa y vino argelino, algo de la Orquesta Aragón y Los Van Van.

Pero las prohibiciones no se limitaron solamente a la música. En cada aspecto de la vida se hizo más asfixiante la atmósfera.

En el discurso de clausura del Congreso de Educación y Cultura, Fidel Castro les retiró el derecho –si es que alguna vez lo tuvieron– a “las dos o tres ovejas descarriadas a seguir sembrando el veneno, la insidia y la intriga en la revolución”. Así, en lo que sería conocido como el Decenio Gris y que alcanzaría su clímax con el Caso Padilla, el régimen arremetió contra los artistas e intelectuales que no se plegaran al “arte como arma de la revolución”, o sea, la versión castrista del realismo socialista del estalinismo.

Tanta fue la intolerancia que fueron silenciados y castigados intelectuales que, aunque diferían de la línea soviética, apoyaban al régimen, como quedó evidenciado con el cierre de la revista Pensamiento

Crítico y del departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana.

De “la universidad solo para revolucionarios” expulsaron a religiosos, extranjerizantes, aburguesados, melencidos y homosexuales.

Cuando ya parecía cerrado el capítulo de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP), arremetieron con nuevos bríos contra los homosexuales. A todo el que fuera homosexual, lo pareciera o se sospechaba que lo fuese, para que no contaminara al hombre nuevo, lo parame-traron.

Los parametrados eran citados a una oficina en Miramar, donde tenían que hacerse “una autocrítica” ante la Comisión de Evaluación del Consejo Nacional de Cultura, presidida por el teniente Armando Quesada. En vista de los “errores confesados” y su “falta de idoneidad”, planilla mediante, les aplicarían la Resolución 3, y para darles una oportunidad de reivindicarse y de que no los agarrara la Ley contra la Vagancia, los enviarían a trabajar a la construcción, a una fundición, como sepultureros o a empaquetar libros y revistas en una biblioteca municipal, como ocurrió con el escritor Antón Arrufat.

Y todo eso, en medio de la miseria y la escasez. Como, a pesar de que todos los recursos se pusieron en función de la zafra de 1970, no se pudieron producir los 10 millones de toneladas de azúcar que, según el Máximo Líder, nos sacarían del subdesarrollo, la economía quedó en estado calamitoso. En lugar de las bonanzas prometidas, hubo más hambre y penurias.

Para Cuba, 1971 fue un año terrible. Parafraseando el título del documental de Netflix, fue el año en que todo cambió... para peor. Debimos estar advertidos de que aquí, en Castrolandia, siempre todo puede ser aún peor, mucho peor. Quién pudo imaginar que nos quedaban por delante el hambre y los apagones del Periodo Especial y cuando creímos ya haber tocado fondo, la actual catástrofe que significa la continuidad postcastrista.

LUIS CINO

Las disputas territoriales y la lección de la isla Hans

Puede que los latinoamericanos no intercambien ron y pisco en una isla desierta, pero comparten una identidad y piensan en sus vecinos como adversarios, no como enemigos

MONTANA, Estados Unidos. — La isla Hans es una pequeña isla deshabitada y estéril situada en el estrecho de Nares, entre Groenlandia y la isla de Ellesmere, dentro de las aguas territoriales de Canadá y Dinamarca, países que la reclaman como territorio propio. En sus visitas periódicas a la isla, los militares de Canadá y Dinamarca retiran la bandera del otro país y colocan la propia.

La disputa territorial adquiere un carácter muy civilizado, porque cuando la marina danesa retira la bandera canadiense para plantar la suya, deja también una botella de Schnapps, una bebida alcohólica tradicional danesa. Para no ser menos, la marina canadiense, cuando retira la bandera danesa, planta la canadiense y deja una botella de Canadian Club. ¡Salud!

Desgraciadamente, las disputas territoriales no siempre adoptan un comportamiento tan civilizado. Las disputas territoriales suelen relacionarse con la propiedad de recursos naturales, pero también con la dinámica de la cultura, la religión, la etnia y el nacionalismo. Actualmente hay en el mundo más de 150 disputas por cuestiones territoriales. Algunas de las más polémicas son las de Crimea, el Mar de China Oriental, Jammu-Cachemira, los Altos del Golán, la Franja de Gaza, Cisjordania y el Sáhara Occidental.

En América Latina, según el profesor Jorge I. Domínguez: “Desde el año 2.000 cinco disputas fronterizas latinoamericanas entre Estados vecinos han desembocado en el uso de la fuerza, y otras dos en su despliegue. Estos incidentes involucraron a diez de los diecinueve países independientes de América del Sur y Central. En 1995 Ecuador y Perú entraron en guerra con el resultado de más de mil muertos y heridos, y cuantiosas pérdidas económicas. Sin embargo, según los estándares internacionales, las Américas estuvieron comparativamente libres de guerras interestatales durante el siglo XX. Los latinoamericanos, en su mayoría, no temen la agresión de sus vecinos. No esperan que sus países entren en guerra entre sí”.

Sin embargo, los países latinoamericanos sí se aprestan a involucrar a sus militares en disputas territoriales. Desde 1990, Nicaragua ha tenido disputas militares con cuatro países, Venezuela y Honduras han tenido disputas militares con tres estados vecinos

cada uno, y el Salvador, Guatemala, Guyana y Colombia han tenido disputas militarizadas con dos vecinos cada uno. No obstante, solo la disputa de 1995 entre Ecuador y Perú llegó a la guerra.

El profesor Domínguez presenta varios argumentos para explicar la relativa rareza y la corta duración de las guerras interestatales en América Latina. Entre ellos, la identidad común de los países latinoamericanos se destaca como un factor principal para fomentar la paz interestatal en el continente.

Sin embargo, esa identidad compartida es limitada. Según un informe de Pew Research de 2011, la mayoría (51%) de los latinoamericanos se identifican por el país de origen de su familia (mexicano, cubano, etc.) y no por una etiqueta pan étnica. Sólo el 24% se identifica como hispano o latino. Además, la mayoría de los hispanos en Estados Unidos no advierten que exista una cultura común. Casi el 69% dice que los hispanos de Estados Unidos tienen culturas diferentes, mientras que sólo el 29% dice que comparten una cultura común.

Los politólogos han avanzado la noción de que nos consideramos chilenos o argentinos simplemente porque creemos que lo somos. En otras palabras, según esta visión, una nacionalidad no es más que una construcción social. Una nacionalidad es una “comunidad imaginada”.

Curiosamente, el nivel de confianza personal es menor entre los latinoamericanos que entre los estadounidenses. En general, el 61% de los estadounidenses afirma que “hay que ser muy cuidadoso cuando se trata con la gente”. Entre los latinoamericanos esta métrica de desconfianza aumenta hasta el 86%. También parece que las opiniones políticas de los hispanos son más liberales que la de los estadounidense. El 30% de los hispanos describen sus opiniones políticas como liberales o muy liberales, en comparación con el 21% del público estadounidense. Por experiencia personal, sospecho que los cubanos son una excepción a esa actitud liberal.

Puede que los latinoamericanos no intercambien ron y pisco en una isla desierta, pero comparten una identidad y piensan en sus vecinos como adversarios, no como enemigos.

JOSÉ AZEL

Entre consignas y remesas: los viejitos de la Revolución

El futuro que anhelamos pasa sin lugar a dudas por el perdón, la justicia y la reconciliación; pero también por el coraje y la sabiduría de hacerles saber a nuestros padres y abuelos que ya es hora de parar



LA HABANA, Cuba. – Con frecuencia se oye decir que los viejitos de este país conforman una generación de descarte, que lo que se quiera hacer por el futuro de Cuba debe llevarse a cabo sin contar con ellos. Hay que perdonarles todo –dicen– porque son las grandes víctimas de la farsa socialista. Ellos auparon a Fidel Castro y aplaudieron cada insensatez que salió de su boca. Creyeron ciegamente en el máximo líder y, cuando se percataron de que el caudillo era un loco de atar, incapaz de cumplir la más pequeña de sus promesas, prefirieron la negación antes que reconocer que habían sido manipulados.

El fanatismo que generó la figura de Fidel Castro malogró a millones de cubanos, muchos de los cuales insisten en seguir formando parte de la vanguardia artrítica de la revolución. El video que por estos días se ha hecho viral en redes sociales, donde dos ancianos increpan a una turista española por filmar la cola del pan normado en Trinidad, es una muestra del daño irreversible que sufrieron personas como Xiomara, la

enérgica señora que ofende y grita consignas y que, según los cibernautas, es mantenida por sus familiares desde el “capitalismo brutal”.

Aunque dicha información no ha sido verificada, no son pocos los ancianos que defienden el castrismo mientras viven, comen y se visten gracias a la emigración cubana. Es sabio proteger a la familia de las veleidades de la política, como también lo es admitir que a estas alturas no se puede pretender que generaciones atrofiadas por desfiles, guardias cederistas, trabajos voluntarios y planes económicos delirantes renuncien a la convicción que devoró sus mejores años. Los hijos y nietos de viejitos combativos como Xiomara no pueden ni deben dejar de asistir a sus mayores. El lazo que los une está por encima de cualquier remilgo político-ideológico.

Lo que sí pueden hacer los emigrados es explicarles a sus padres y abuelos, que del “Patria o Muerte, Venceremos” el pueblo solo ha conocido la muerte; que la patria terminó por convertirse en un potro de tormentos donde hemos sufrido lo indecible; que los cubanos no hemos podido vencer a ninguna de las bestias que nos han acosado desde el día en que nacimos: miseria, miedo y represión.

Esos hijos que un día decidieron que el socialismo no servía, y marcharon a rehacer su vida en la generosa tierra del “enemigo”, deberían hacerles notar a sus padres fidelistas que si no fuera por las remesas, la paquetería y los combos de comida que llegan desde el “imperio”, ellos estarían como la mayoría de los viejos cubanos: transidos de hambre, padeciendo dolores sin una pastilla para calmarlos, con la ropa llena de zurcidos y un único par de zapatos remendados y vueltos a remendar.

El regalo de los cubanos de hoy a sus padres y abuelos, que pertenecen a aquella generación hipnotizada, es precisamente devolverles el sentido común, y algo de empatía que les ayude a entender que las consignas han hecho muy fácil para los verdugos enviar jóvenes a prisión, o expulsarlos en masa para que siembren con sus cadáveres los mares, selvas y ríos de América.

Esos viejitos combativos no solo merecen hacer cola para comprar el pan normado. También deberían comérselo, sentir su sabor ácido y textura asquerosa; degustar el pan de la revolución, que ni siquiera ha

podido garantizar un desayuno decente para sus ciudadanos. Luego pueden irse a chupar los antiácidos que les mandan sus hijos desde el norte; pero primero que se enteren de que Cuba se ha convertido en un país donde la inmensa mayoría de los ancianos comen lo que aparece y lo hacen con miedo a sufrir acidez estomacal o reflujo porque no tienen antiácidos importados ni bicarbonato con limón ni lechita fría para aliviarlos.

Viejitos de “Patria o Muerte”

Los viejitos de “Patria o Muerte” pertenecen a una generación lobotomizada; pero sus descendientes no, y con mil amores pueden explicarles la verdad de las cosas. Ellos necesitan saber que mientras degluten sin preocupaciones la comida que sus parientes emigrados pagan en dólares, hay madres a las que un mendrugo de pan se les atora en el gaznate pensando en sus hijos presos políticos por haber gritado “Patria y Vida”, lo opuesto a la consigna que con tanta desfachatez escupió la inefable Xiomara en la cara de la joven española.

Tanto los hijos emigrados como los que sufren bajo la dictadura dentro de la Isla, deberían recomendarles a sus mayores que vean menos noticieros, y aclararles que es mentira que en España, o cualquier otro país atacado por la propaganda oficialista, la cosa está peor que en Cuba. Una parte esencial del amor filial consiste en evitar, hasta donde sea posible, que los seres queridos vayan por ahí haciendo el ridículo.

Es cierto que a la generación de Xiomara no se le puede cambiar el chip, y que debemos aceptar la incómoda verdad de que nuestros padres contribuyeron, ingenuamente o con alevosía, a destruir el país. Muchos rompieron el sortilegio y hoy llaman a la dictadura por su nombre. Otros admitieron el engaño, pero han decidido callar por miedo. Algunos, como Xiomara, sufren de incontinencia y el comeandela se les suelta en modo acto de repudio.

Epifanías, mea culpas y exabruptos fidelistas son parte del legado que carga la Cuba envejecida de estos tiempos. El futuro que anhelamos pasa sin lugar a dudas por el perdón, la justicia y la reconciliación; pero también por el coraje y la sabiduría de hacerles saber a nuestros padres y abuelos que ya es hora de parar.

ANA LEÓN

La feriecilla domada

La Feria del Libro ya no está del todo en La Cabaña y quizá pensemos que esos cambios tienen que ver con lo complicada que está “la cosa con el petróleo”

LA HABANA, Cuba.- No suponga usted que hay en el título un descuido, no crea que donde escribí feriecilla debí escribir fierecilla. Aunque lo haría con gusto no voy a acercarme a Shakespeare ni a su obra. No voy a comentar una pieza teatral y tampoco una película. Acá no habrá comentarios sobre Liz Taylor y sus ojos violáceos. Si algo me interesa es la feriecilla del libro (Feria Internacional del Libro de La Habana) y algunos de sus acontecimientos.

La feriecilla ya fue inaugurada hace unos días, debí escribir parida, y lo peor, con fórceps. El parto era de dudoso pronóstico, de altísimo riesgo, casi de muerte. La cuna de la feriecilla no es la misma de antes, al menos no del todo. La feriecilla mantiene en algo el espacio de los últimos años, pero también otros. Resulta que la Feria fue ahora a la calle, a los parques, a los barrios. La Feria se descongestionó un poco, se dispersó, la dispersaron. Y sin dudas están los que suponen que en su expansión se hará más popular, se democratizará. Habrá quien crea que la Feria fue, incluso, en busca de la gente, que no esperó por esa gente en su recinto habitual, pero eso no es nada serio, nada cierto. La feriecilla del libro de La Habana se transforma, ¿y para bien?

La Feria del Libro ya no está del todo en La Cabaña, la Feria solo está un poquito en La Cabaña, y quizá pensemos que esos cambios tienen que ver con lo complicada que está “la cosa con el petróleo”. Y podría ser cierto, de hecho lo es..., pero también esas galerías/galeras de La Cabaña son muy cerradas, son muy oscuras, son estrechas, y hasta podrían provocar algunas tristes recordaciones, ciertas suspicacias. Y es que esas galerías/galeras tienen una historia muy oscura, muy sangrienta. Allí tuvo el Che Guevara su comandancia, y allí cometió miles de atropellos, un sinfín de vilezas que no deben recordarse.

Allí, en ese sitio de bajezas y crímenes

estuvo la Feria, y allí fue su inauguración, pero los tiempos son otros, y allí podrían reaparecer muchos fantasmas, los fantasmas de muchos muertos, y quien duda que hasta escuchemos las órdenes de preparar las armas, de apuntar, las órdenes de disparar, de descargar ráfagas continuas de fusil, de fusiles que de seguro ya están preparados, aceitados para que fluya el proyectil sin interrupciones, en torbellinos. Así será, al menos eso creo, en cada uno de los segundos que dure la “fiesta del libro”. ¡Preparen, apunten, fuego!; y entonces las descargas de fusiles.

Es cierto que intentaron hacernos creer que tales decisiones tienen que ver con lo complicada que está “la cosa” con el combustible, que La Cabaña como único punto de reunión es un nido para la COVID-19, y que es revolucionario todo cambio, cualquier expansión del evento, que ganará más popularidad cada vez. La Feria, ellos harán creer, se acerca a la casa, va en busca de la gente, les lleva libros casi hasta la puerta. ¿Algo puede ser más popular? ¿Algo sería más democrático y humano?

Yo pienso que tuvieron otras razones. Creo que pensaron que la Feria en La Cabaña podría convertirse en un 27N, en un 11J, y de ahí la necesidad de descentralización, de dispersión. La Feria en cualquier rincón de la ciudad, casi en la casa de cada cual, sin concentraciones, sin posibilitar los tumultos, las “pendencias”. Y junto a esas estrategias nos llegaron también otras noticias. Anunciaron que el Fondo de Cultura Económica de México abrirá una nueva librería en ese espacio en el que antes estuvo la librería Fernando Ortiz, y a la que llamaron Tuxpan, el nombre de ese punto de la geografía mexicana desde donde saliera el yate Granma con Fidel Castro y ochenta y tantos hombres más, y que embarcara luego en “Las Coloradas”, una playa del oriente del país.

Resulta extremadamente curioso que a

nadie le pareciera raro ese cambio de apelativo a la librería Fernando Ortiz, ese mismo Fernando al que han estado llamando desde hace mucho el segundo descubridor de Cuba. Y nadie, hasta donde sé, se atrevió a opinar, a enfrentar tal decisión, ni siquiera Miguel Barnet, quien se supone el mejor discípulo, su reencarnación. Miguel Barnet se quedó mudo, como cada vez, y terminó mostrando sus acostumbradas aquiescencias, sus inclinaciones ante el poder, su arrodillamiento.

Es muy curioso que en Cuba desaparecan, una tras otra, las tantas librerías que La Habana tuvo, y toda la isla, antes de que bajaran los barbudos iletrados. Es increíble que ese monumento a la lectura que fue “La Moderna Poesía”, ese templo art déco, se caiga hoy a pedazos, y que también estén desahuciadas esas otras dos que la escoltaron desde la otra acera. Es triste que en la calle del Obispo solo quede una pequeña librería a la que hace algunos años llamaron Fayad Jamís, un poeta venerado por los comunistas.

Resulta increíble que ni siquiera Miguel Barnet, “fiel devoto” del sabio Ortiz, y quien se supone su heredero, casi su hijo putativo, no abriera su boquita empalagosa para defender el nombre que tuvo desde hace años la que ahora se llamará Tuxpan, como ese punto de la geografía mexicana desde donde salió el yate que cargara nuestra mayor desgracia. Sin dudas ese nuevo apelativo no hace honores a la lectura, pero sí a una “revolución” castrista y castrante. Una revolución de “feriecillas domadas”. Y habrá que seguir hablando de esta Feria fiera, habrá que seguir atentamente a la librería Tuxpán, y a sus títulos, y a los precios de esos títulos. ¿Habrá que pagar en USD, en pesos mexicanos?

JORGE ÁNGEL PÉREZ

ENCUÉNTRANOS ADEMÁS EN



ESCRÍBENOS A

cntredaccion@gmail.com

Para acceder a la página de Cubanet desde Cuba,
descarga PSIPHON, gratis y sin límites de ancho de banda

También puedes evadir la censura y acceder a nuestra página
directamente a través de un sitio espejo colocando la siguiente
dirección en la barra de tu navegador:

<https://s3.eu-central-1.amazonaws.com/qurium/cubanet.org/index.html>

Descarga la aplicación móvil de Cubanet tanto
para Android como para iOS

Recibe la información de Cubanet en tu teléfono a través
de Telegram o WhatsApp. Envíanos un mensaje con la palabra
“CUBA” al teléfono +1 (786) 316-2072